

Autoayuda, alzhéimer, resiliencia y detectives en libros para niños

Palabras mágicas que curan

MARIO ANGULO MOSQUERA

Carolina Gamboa (Ilustradora)

Panamericana, Bogotá, 2011, 68 págs.

¡La abuela perdió un recuerdo!

CARLOS VÁSQUEZ-ZAWADSKI

Rocío Parra (Ilustradora)

Panamericana, Bogotá, 2011, 52 págs.

Tapir

JAIRO ANÍBAL NIÑO

Michi Peláez (Ilustradora)

Panamericana, Bogotá, 2011, 164 págs.

Una aventura en el papel

ROBERTO RUBIANO VARGAS

Michi Peláez (Ilustradora)

Panamericana, Bogotá, 2011, 108 págs.

EN 2014, la industria editorial colombiana publicó 16 mil títulos, de los cuales cerca de mil seiscientos fueron clasificados por el registro ISBN como literatura infantil y juvenil, es decir, el 10%¹. Es difícil decirlo con exactitud, pero al menos doscientos de esos títulos deben ser novedades de autores colombianos, lo que es una excelente noticia. Hace diez años la producción nacional de libros infantiles y juveniles de literatura no alcanzaba los veinte títulos anuales. Hay que resaltarlo, además, una gran parte de estas novedades nacionales se halla en el catálogo de Panamericana Editorial. De la producción de 2011, nos enfocaremos en cuatro libros de autores colombianos.

Palabras mágicas que curan es un libro llamativo. Presentado como literatura curativa o de resiliencia, en verdad es de autoayuda. Esta categorización puede parecer inédita, pero hay que comprender que muchos de los formatos (y en consecuencia los *targets*) que

la industria editorial establece para adultos (deportes, recetarios gastronómicos, libros informativos, *dummies*, autoayuda, horóscopos, literatura desde luego), tienden a replicarse para los niños. Y esto es razonable porque los niños se han convertido en un mercado específico dentro del ecosistema del libro, que bien merece ser reflexionado. Toda esta nueva producción exigirá, además, a los mediadores (docentes, bibliotecarios, padres) estar muy atentos para hacer una selección adecuada de materiales impresos y digitales para los niños.

Sin embargo, aquí debemos atender a la calidad literaria de *Palabras mágicas que curan*, escrito por (según indica la contracarátula) el médico y pediatra colombo-americano Mario Angulo Mosquera (Houston, 1974).

Es un libro álbum para niños pequeños, que seguramente requerirá que un mediador lo lea en voz alta. Contiene cuatro cuentos cortos. Los personajes (un anciano, una gato, un “monstruo bueno” y un hada) tienen la virtud de invocar palabras que ayudarán a los niños a espantar diversos miedos. Las historias ni los personajes ni el lenguaje tienen mayor relevancia, pero llama la atención la estructura del libro: el breve relato moralizante, un pequeño diccionario para ayudar a los más pequeños a entender el léxico nuevo (las “palabras raras”) del cuento y una sección denominada “La palabra mágica se utiliza así”, una especie de recetario mágico que en alguna medida recuerda al memorable *Conjuros y sortilegios* (1990) de Irene Vasco.

Si valoramos lo que dice Angulo Mosquera en la Nota del autor, “Durante mi experiencia como médico pediatra me he dado cuenta de que cuando utilizo la imaginación de los niños como parte de la estrategia terapéutica obtengo siempre mejores resultados” [pág. 9], podemos entender el sentido de publicar este libro: tiene

intenciones edificantes de autoayuda y su mayor logro será que los mediadores y los niños lo asuman así y no como literatura de calidad.

Las ilustraciones de Carolina Gamboa, procesadas digitalmente, abusan de este recurso y no aportan nada particular al texto. Los fantasmas son un refrito de las series televisivas de zombis [pág. 20], el “monstruo” que se mete en el frasco del medicamento para curar al niño es un recurso didáctico anacrónico [pág. 47] y el hada madrina de la última historia [pág. 56], con risa a lo Britney Spears, y su faldita de colegio arriba de la rodilla, está fuera de lugar. Lamentable que al editor se le pasen estas cosas. Debemos insistir en que esas son sus funciones, y las del director gráfico: vigilar que la calidad del corpus visual enriquezca la obra y no la demerite.

¡La abuela perdió un recuerdo!, en cambio, es un libro fraternal, con un personaje entrañable y escrito con el humor habitual de Carlos Vásquez-Zawadzki. Ilustrado por Rocío Parra, se lee de manera amena y es seguro que los niños se sentirán identificados con los personajes protagónicos.

Una abuela centenaria, Solita, se enorgullece ante sus nietos, su marido, su hija y su yerno de que a su edad logra tener una memoria magnífica: recuerda poemas, los nombres del álbum familiar hasta dos generaciones atrás, la preparación de una receta, las fiestas de cumpleaños y las de guardar... Solita es rumorosa y llena de vida, y además tiene sus vanidades: “Por las noches me pongo en la cara y en las manos una crema inventada por mi hermana Mercedes” [pág. 12].

Le gusta tomar chocolate con sus amigas y recordar leyendas antes los niños asombrados. Su nieto mayor, que es el narrador y su principal discípulo, resalta, halagándola, que la “abuela dice que saber escuchar es aprender a hablar” [pág. 14].

Todo va sobre ruedas hasta que la anciana choca con la telaraña de los olvidos. En medio de la oscuridad que genera el desencuentro de los circuitos neuronales propios de la vejez, se lamenta de no poder recordar algo importantísimo que puede afectar a la familia. Su genio cambia: se deprime y con ella arrastra a toda la familia que se desespera viendo a la buena de

1. El escolio, dentro de la tradición antigua y medieval, se vinculaba con un comentario, una nota filológica que figuraba en un manuscrito y servía de explicación a un texto. Como la glosa, se trataba también de notas escritas al margen o entre las líneas, en general anónimas y destinadas a explicar o discutir una palabra o un pasaje de un texto de un autor antiguo.

2. Cf. Michaël Rabier, “La ‘cuestión literaria’ en la obra de Nicolás Gómez Dávila”, *Perífrasis*, vol. 5, núm. 10, julio-diciembre, 2014, págs. 25-40, y “Sobre un modo gomezdaviliano de leer (y escribir)”, en: Juan Fernando Mejía Mosquera (Editor académico), *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Caro y Cuervo (por publicar).

RESEÑAS		LITERATURA INFANTIL
Solita tratando de encontrar el dato perdido... ¿Lo logrará? Vásquez-Zawadzki define el cierre del texto con una opción previsible cuando hubiera podido ser más arriesgado, pero seguramente quería mantener el equilibrio general de la historia entre lo cómico y la sorpresa repentista. De celebrar, su gusto por recuperar el habla bogotana y cartagenera, esos modismos que reflejan una tradición cultural y el gusto por explorar el lenguaje: “el palo no está para cucharas” [pág. 28], “abrió el armario de par en par” [pág. 40]; la recuperación del hilo temático a través de frases encadenadas para que el niño lector no se pierda y la ambientación familiar, cálida y repleta de pequeños gestos dulces como el abrazo cuando la abuela recupera su buena memoria y el gusto por la conversación vespertina. Todo ello no se hubiera logrado sin el aporte indudable de las ilustraciones elaboradas por la tunjana Rocío Parra. Logradísima su versión para ilustrar una metáfora compleja (“Llovizna y los goterones suenan como monedas de cobre sobre las tejas de barro y los patios de la casa”, pág. 23). ¡La abuela perdió un recuerdo! es una historia dulce, ideal para ser leída con los niños en compañía de los abuelos en una tarde de lluvia. Los dos libros que se reseñarán a continuación fueron escritos por dos pesos pesados de la literatura colombiana: Jairo Aníbal Niño y Roberto Rubiano Vargas. Antes de comentarlos, brevemente quisiera hacer un homenaje a Niño (1941-2010), a tres años de su fallecimiento, y una aclaración sobre el libro que reseñaré, <i>Tapir</i>. Niño constituye, desde mi perspectiva, un caso angular de la literatura infantil y juvenil colombiana, con todo lo que ello tiene de problemático. Gracias a libros de poesía como <i>La alegría de querer</i> (1986) y <i>Preguntario</i> (1989) –que alcanzaron tirajes de 10 mil ejemplares– sentó la profesionalización del escritor colombiano, jalonó a la industria presionándola para publicar nuevos autores como Celso Román, Pilar Lozano y Triunfo Arciniegas, llamó la atención sobre el nicho de mercado que eran las maestras de primaria, y creó un modo de representar a Colombia y la	riqueza de su fauna y flora en obras narrativas como <i>Zoro</i> (1976) y <i>Dalia y Zazir</i> (1983). A finales de 2009, unos meses poco antes de morir Niño, tuve la oportunidad, como editor que era en ese momento, de leer el manuscrito de <i>Tapir</i> que el propio escritor me entregó para evaluación y que leído de una sola sentada me generó una sensación inmediata: el asombro por la riqueza de su prosa tan particular, con sus personajes, tramas, su visión del universo particularísimo de los niños, incluso sus posturas ideológicas patentes en el relato. Hice anotaciones puntuales de ripios y escenas que afectaban la coherencia general de la obra, pero fue enfático en que no aceptaba cambios sugeridos por el editor (en la misma línea de la terquedad cuestionable del extraordinario Evelio Rosero). Visto que la editorial con la que yo trabajaba no contaba con las regalías que exigía, envié el libro a otro editor (Panamericana Editorial) que lo ha publicado intacto, tal como él lo entregó. No sé si Niño alcanzó a verlo publicado en vida, pero debió sentirse muy orgulloso de esta, su obra final. Releído de forma impresa sigo teniendo la misma impresión que tuve al leer el manuscrito. El libro es denso y atrevido, pero cansa y despista en apartes. Por momentos alcanza altos niveles poéticos y luego puede caer en picada en una sensiblería aparatosa. Sé que puedo estar viciado por prejuicios de lector avisado; sin embargo, invito al lector adulto de la obra a valorar los encuentros y desencuentros que se pueden tener con esta novela ideal para ser leída por niños grandes (de 10-12 años). El tapir es un animalito parecido a la danta o al cerdo salvaje. De forma calculada, Niño lo ha escogido como personaje central de la novela, pues asusta a primera vista, es feo, indefinido y no se sabe si va a morder o mugir. Estas características las traslada a Tapir, un animal huérfano que a lo largo de la obra va en busca de su mejor amigo, Ángel Ramón, quien a su vez viaja por toda Colombia tratando de hallar a su adorada profesora Edilma. “A veces soy un gusano que busca una manzana” [pág. 37], repite Tapir evocando la ruta de su vida. Una historia que desde el comienzo anuncia	una estructura odiseica: alguien quiere regresar a casa y enfrentará un sinnúmero de obstáculos para alcanzar su objetivo. Tapir sufre la displicencia de los humanos, incluidos los niños, que lo apartan por raro. Solicita hospedaje, pero en ningún lado se lo dan y deberá dormir en un carro destartado en un parque donde se procesa chatarra. Entre tanto se nos cuenta la historia de Ángel Ramón, un niño hijo de desplazado por la violencia que con su padre emigra por diferentes partes del país, hasta que provisionalmente se detienen en la capital, donde conoce a la profesora Edilma. Esta será la maestra que le cambiará la vida porque lo comprende y le ayuda. Ángel Ramón es disléxico, tiene problemas para centrar la atención y es muy callado. La profesora logrará convertirlo en lector y escritor, pero cuando el niño está más feliz, su padre debe partir hacia otro pueblo. Se entiende, entonces, el porqué de la amistad de Tapir y Ángel Ramón: juntos son criaturas desplazadas, no queridas por los otros, tímidos y con potencialidades ocultas. Finalmente Tapir encuentra a Edilma y con ella emprenderán la búsqueda de Ángel Ramón en Puerto Viento, donde el niño ahora es alumno de otro profesor curioso –Queinsoy Dedondevengo– y sufre, a su vez, el secuestro de su padre. Toda esta suma de calamidades se resolverán en un final repleto de sorpresas, muy al estilo de Jairo Aníbal Niño. ¿Obra suma de las mejores calidades artísticas de Jairo Aníbal Niño? ¿Reaparición de los vicios que diversos críticos le cuestionaron? El lector juzgará. De otro talante es <i>Una aventura de papel</i> del reconocido cuentista Roberto Rubiano Vargas (Bogotá, 1952). La novela, dividida en 21 capítulos cortos, narra la vida de un músico joven, Ekué José. La entrada en la novela es difícil y las reglas del contrato de ficción entre el autor y el lector por momentos se rompen en varias de las cláusulas: ¿el entorno en el que se sucede la obra es fantástico, onírico, o una parodia de pueblo ganadero de la Costa Atlántica colombiana? ¿Ekué es un ser humano o un arquetipo del artista herido? ¿Si es un relato policiaco como lo señala uno de los paratextos, por qué desde

LITERATURA INFANTIL		RESEÑAS
el comienzo no se nos dice cuál es el crimen y quiénes son los sospechosos? La obra no genera empatía inmediata con el lector ni al comienzo, ni transcurridas treinta páginas y las últimas veinte hay que leerlas en un gran ejercicio de disciplina mental para no perderse y abandonar el libro y, en últimas, ¡abandonar el mundo! De Ekué solo sabemos que toca maravillosamente los tambores y que vive con otros artistas excéntricos, entre la que se destaca una mujer de comportamiento extraño y de parla ida, la Trapecista. Pero incluso si es trapecista de circo no queda claro. A Ekué lo persigue un General (sí con mayúscula) que tiene una actitud ambigua frente a las artes: le fascinan, pero la perfección estética le resulta repulsiva. El malvado milico secuestra a Ekué y se muestra cínico, pues quiere tener el beneficio de conciertos privados de su percusionista retenido. El grupo de amigos de Ekué y el anciano policía, Felipe Marlo, ya pensionado y olvidado como un trasto, irán a su rescate. Rubiano Vargas podrá defenderse diciendo que ha escrito una novela policiaca experimental para jovencitos, pero incluso toda forma de experimentación narrativa (lo sabe él como profesor de escritura creativa) requiere reglas para ser comprendida. Esta novela es tediosa, incoherente, elíptica y desdice mucho de los logros del talento narrativo de Rubiano Vargas, que se pueden apreciar plenamente, por ejemplo, en su libro <i>Necesitaba una historia de amor</i> (2006). El balance de los cuatro libros reseñados deja el saldo de uno bueno, uno malo y dos en capilla. ¿Este es un indicativo de que la literatura infantil y juvenil colombiana es floja? En ningún caso. No será la quintaesencia de la mejor prosa del continente, mas esto no es negativo, sino un aviso. Los golpes fallidos anticipan la llegada de obras maestras. Nada se construye sin observar la tradición, insistieron Borges y Paz. Carlos Sánchez Lozano		